Gioconda Herrera Mosquera, editora

Antología Género

FLACSO - ECUADOR
JUNTA DE ANDALUCIA

© 2001 FLACSO, Sede Ecuador
Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador
Télf.: (593-2) 232030
Fax: (593-2) 566139

ISBN
Coordinación editorial: Alicia Torres
Corrección de textos:
Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena / Juan Méndez
Impresión: RISPERGRAF
Quito, Ecuador, 2001

Índice

Estudio introductorio

Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento y el reconocimiento 9
Gioconda Herrera Mosquera

Bibliografía temática 61

Artículos 77

Interacciones

Alimentación, género y pobreza en los Andes Ecuatorianos. Práctica: vida en la cocina 81
Mary J. Weismantel

Relaciones de género y violencia 115
Gloria Camacho

Instituciones Sociales

La imbecilidad y el coraje. La participación femenina en la economía colonial (Quito, 1780-1830) 179
Christiana Borchart de Moreno

Género, raza y nación: La protección a la infancia en el Ecuador (1910 – 1945) 197
Kim Clark

Políticas neoliberales frente al trabajo femenino, Ecuador 1984-1988 227
Magdalena León Trujillo

Ajuste desde la base: mujeres de bajos ingresos, tiempo y triple rol en Guayaquil 275
Caroline 0. N. Moser

Organizaciones de mujeres reforma neoliberal y políticas de consumo en el Ecuador 295
Amy Lind

Representaciones

El muro interior 325
María Cuvi Sánchez
Alexandra Martínez Flores

Educación e Imágenes de Mujer 165
Ana María Goetschel

La interpenetración de género y etnicidad: nuevas autorepresentaciones de la mujer indígena en el contexto urbano de Quito 355
Mary Crain

Relaciones de género y violencia*/**

Gloria Camacho

Aspectos metodológicos

Otro camino que escogimos para aproximarnos a la comprensión del fenómeno de la violencia contra la mujer por parte de su pareja, fue la investigación cualitativa a través de la realización de entrevistas tipo historias de vida y consultas con grupos focales[1], con el fin de obtener una información a profundidad sobre las percepciones, sentimientos y prácticas de las mujeres que viven o han vivido relaciones de violencia. Para ello se indagó la manera cómo se han ido construyendo las relaciones entre los géneros y cómo han vivido las situaciones de discriminación y violencia en las distintas etapas de su vida: infancia, adolescencia-juventud, relación conyugal y crianza de sus hijos e hijas.

Al realizar las encuestas[2], consultamos a las mujeres que habían sufrido violencia, si estaban dispuestas a relatarnos sus vidas, a lo que la gran mayoría respondió de manera afirmativa. Luego de analizar las características de las encuestadas, seleccionamos a siete mujeres procurando que tengan diferentes experiencias de vida y que representen a la diversidad de mujeres que constituyen el universo muestral. Con esos criterios se trabajaron las historias de vida de las

---

* Tomado de: Gloria Camacho (1997). *Mujeres Fragmentadas.* Quito: CEPLAES.

** El artículo que se reproduce corresponde al capítulo 3 de esta publicación.

1 Estas entrevistas se realizaron en febrero y marzo de 1991.

2 La información de estas encuestas se presenta y analiza en la primera sección de esta publicación.

mujeres escogidas, cuyas edades oscilaban entre 32 y 47 años de edad, tenían entre tres y seis hijos, diferente procedencia (dos urbana, una rural de la costa y cuatro rural de la sierra), estado civil (una en unión libre, cuatro casadas, dos separadas), e inserción laboral (dos con empleo, una comerciante, una costurera en la propia casa, dos con trabajo parcial remunerado en proyectos de la organización y una sin ingresos propios). De ellas, tres participan en organizaciones de mujeres, tres no tienen esa experiencia y una dejó de participar por problemas con el marido. También buscamos que las entrevistadas, tuvieran diferentes historias de violencia en cuanto a la frecuencia, a los 'motivos' y al desenlace de las mismas.

Con cada una de las entrevistadas realizamos tres o cuatro sesiones de aproximadamente dos horas cada una, generalmente en su casa y, en un horario en que el esposo o conviviente estuviera ausente, de manera que pudieran expresarse con mayor tranquilidad. Las investigadoras teníamos una guía de preguntas para orientar la conversación sobre los temas que nos interesaba indagar en cada etapa de la vida de las mujeres. Las historias fueron grabadas con la autorización de las entrevistadas y respetando la estructura original del relato, eliminando solamente aquellos errores de lenguaje que hacían incomprensible o equívoca la narración.

En general las mujeres narraban con facilidad los diferentes sucesos de sus vidas, la evocación de los recuerdos les suscitaba variados sentimientos (añoranza, satisfacción, dolor, rebeldía, tristeza, angustia) que podían expresarlos en tanto encontraban una persona interesada en sus vivencias, dispuesta a escucharlas. Creemos que para las mujeres fue posible hablar sobre un tema tan complejo como el de la violencia, en tanto se trataba de una persona de 'afuera', que no las juzgaba y que quizás podía comprenderlas.

Con el objetivo de confrontar la información obtenida en las historias de vida y profundizar sobre el universo afectivo de las mujeres maltratadas, organizamos cuatro grupos focales: tres con mujeres pertenecientes a organizaciones femeninas de los barrios en que se desarrolló el proyecto[3] y uno con mujeres sin experiencia organizativa, pertenecientes a diversos barrios populares de la ciudad de Quito. En los grupos participaron un total do 50 mujeres golpeadas o no, de entre 25 y 44 años, quienes asistieron de manera voluntaria, sin tener que cumplir ningún requisito previo para hacerlo.

3 Nos referimos al proyecto sobre violencia de género en la relación doméstica de pareja.

En cada grupo se realizó una actividad de motivación y luego se leyó un cuento -La historia de María- elaborado a partir de los aspectos comunes encontrados en las historias de vida de las mujeres golpeadas, a partir del cual se hicieron preguntas para suscitar la discusión y el intercambio de experiencias. Las asistentes participaron con interés, en tanto se sintieron ampliamente identificadas con la historia relatada: 'No es cuento, es verdad', 'esta historia es de la vida real, todas hemos pasado', 'en algún momento de nuestras vidas, todas hemos sido una María', etc., fueron sus expresiones. Luego, muchas de las participantes relataron sus propias vivencias o las de personas cercanas a ellas, opinaron sobre el problema del maltrato contra la mujer y sugirieron posibles salidas al problema.

A partir de la información recabada en las historias de vida y en los grupos focales, en este capítulo intentaremos descifrar los puntales básicos sobre los que se construye la identidad femenina, cómo se establecen las relaciones entre los géneros y su relación con la violencia hacia la mujer. Primeramente, nos referimos a las fases de socialización de los modelos de feminidad; seguidamente, al ejercicio del poder masculino en la vida de pareja; y, finalmente a modo de conclusión analizamos los modelos de femineidad en la tradición cristiana y las posibilidades de construir una nueva ética para la mujer.

El aprendizaje de la subordinación y de la violencia

El recuerdo de los años infantiles evoca sentimientos contradictorios en las mujeres entrevistadas. Junto a la nostalgia por el pasado y a la añoranza de los momentos felices, están los recuerdos dolorosos de sus carencias y soledades en esta etapa de sus vidas, en la que empezaron a sentir las desventajas de ser mujer.

A nosotras desde pequeños nos han enseñado a trabajar…

Una primera constante que se encuentra en las historias de vida de las mujeres, es la obligación de participar en el trabajo familiar y de colaborar en las tareas domésticas, desde muy temprana edad:

> A nosotros desde pequeñas nos han enseñado a trabajar. A pesar de ser mujeres nos han enseñado a trabajar igual, igual que mi papá, siempre nos hemos ido a trabajar, no nos hemos quedado nunca un día… (Charo, 1991).

> Cuando yo era chiquitita nos hacían pintar los perritos, las gallinas, pollos que hacía mi mamá; entonces ellas se iba a vender... (Martha, 1991).

> Mi mamá decía: a ver, Inés, vos haces esto como más pequeña, cosa de coger los platos así, hacía de barrer el patio de los animales, los chiqueros, así, y mis hermanas, vuelta, le ayudaban amasando el pan, ya cortando la carne... (Inés, 1991).

> Tenía que lavar, barrer, arreglar la ropa, acomodar. Me mandaban que vaya al mercado a comprar carne, papas, arroz, todo. Cuando compraba bien me decía que esta bien y si no me mandaba a devolver. De ahí me decía que cocine hasta que ella venga. Yo tenía que hacer y como me daba miedo prender los reverberos, tenía que cocinar con carbón y con leña. De ahí me mandaba a cobrar a los que le debían y a hacerle mandados a ella… (Dolores, 1991).

La principal diferencia con sus hermanos radica en que si bien ellos también tuvieron que trabajar, sobre todo en las tareas agropecuarias u otros negocios familiares, el trabajo doméstico se destinó principalmente a las niñas que debían asumirlo junto a trabajos agrícolas o extra domésticos:

> Fuera del trabajo [agrícola], las mujeres íbamos a traer agua, a traer hierva para los cuyes y hacíamos todas las cosas de la casa. Los hombres siempre han sido un poco más fuertes de carácter, nos han dejado a las mujeres. Ellos han trabajado un mediodía, de allí cogen el camino y se van a pasear. Las mujeres éramos las que más hacíamos todo... (Charo, 1991).

Esa sobrecarga de obligaciones y la asunción de responsabilidades a muy corta edad, son factores que en muchas ocasiones generan un sentimiento de abandono y soledad:

> Desde muy temprano comenzamos a trabajar, los tres primeros casi pasábamos solos en la casa porque mi mamá salía a trabajar, mi papá igual. Recuerdo, ¡qué, se yo!, tendría unos cinco años más o menos, todavía no entraba a la escuela, y después era el varón y otro más chiquito que lloraba, y de verle llorar, como no estaba mamá, llorábamos los tres; y, a veces... debía ser coincidencia, pero, se perdían las gallinas y llorábamos porque se habían perdido las gallinas, y se zafaba el chancho porque no le amarrábamos y llorábamos por eso. Bueno, y debe ser porque no estábamos con nuestros papases... (Zoila, 1991).

La soledad y la ruptura afectiva son sentimientos que se producen cuando, también a temprana edad (alrededor de los doce años), las niñas deben abandonar a su familia para incorporarse al trabajo remunerado, básicamente en actividades relacionadas con el servicio doméstico:

> Terminé la escuela como ayer y hoy ya vine acá, con la señora que me conocía, que trabajaba en las vacaciones. Me vine para acá a Quito a trabajar. Lloré tres meses, tenía salida cada quince días a la casa, era duro para mí regresar… Me daba una pena separarme de mi casa, o sea yo les quería tanto… (Zoila, 1991).

> A los once años me fui vivir con mi hermana la mayor, pero ella no me atajó en la casa, dijo que no puedo atajarte, yo no tengo de dónde darte, de dónde mantenerte, entonces dijo voy a ver a una amiga que necesita una chica para que le trabaje y me fue a dejar en el trabajo. Desde ahí ya empecé a trabajar… (Martha, 1991).

Mientras hacíamos nuestro trabajo, jugábamos...

En las entrevistas se evidencia que tanto las niñas como los niños tuvieron poco tiempo para las actividades lúdicas. En los casos de los y las niñas del campo, relatan cómo combinaban el trabajo con el juego, recurriendo a los elementos del medio que les rodeaba:

> Teníamos que recoger bastante hierba para los cuyes, para los chanchos y, digamos, jugábamos mientras hacíamos nuestro trabajo, jugábamos, porque juguetes no teníamos, sino ahí con ramas, con lo que aparecía ahí jugábamos. Y de regreso a casa teníamos que meternos a unas quebradas a buscar el agua... (Zoila, 1991).

> Pasábamos pastando el ganado, sacábamos la leche de las vacas, hacíamos quesos, trabajábamos en el campo también, sembrábamos papas, maíz, habas... Jugábamos de todo, a las escondidas'; jugábamos a la tiendita pero con cosas, hojas, flores, así, a la cocina, mientras pastábamos el ganado, pasábamos jugando... (Carmen, 1991).

> A nosotros nos gustaba, cómo vivíamos en el campo, era, así, hacer casitas; en veces con lodo jugábamos pero haciendo pancitos con el barro, al lado del río, como pasaba un río tras de la casa... Y como tenían mis padres animales, entonces nos mandaba a coger la hierba, la leñita, ayudábamos a mi mamá, y a la escuela… Y los domingos que daba vacaciones mi madre porque los sábados le ayudábamos a ella para la feria del domingo... (Inés, 1991).

En las historias se observa que las niñas disponían de menor tiempo para el juego y para el descanso, frente a las tareas domésticas. Además, se ve que la asistencia a la escuela estaba condicionada al cumplimiento de labores antes y después de la jornada escolar:

> Mi mamá no nos dejaba jugar, mandaba a los quehaceres. Veníamos de la escuela, nos estaba esperando para que vayamos a los quehaceres. No nos dejaba jugar, nos hacía levantar de mañanita, ya cuando así éramos más grandecitas, al trabajo, ya veníamos bien tarde, entonces ya no teníamos tiempo de jugar... (Charo, 1991).

Encontramos también la tendencia a que el juego de las niñas sea una actividad que se realiza en soledad, en tanto no se permite la relación con sus pares para hacerlo:

> Juegos así, yo siempre he jugado solita… Jugaba así a cocinar, a que tenía niños, con otras muñecas, hablaban eso con las muñecas y como que ellas

> me entendían y todo... Y yo de pronto, así mismo estando jugando, y digo: ¿y yo por qué por qué pagaré solita y por qué yo hablo sola y por qué yo mismo me contesto? Y es que mi papá nunca nos dejaba que salgamos a la calle, nos reunamos con otros guaguas, no... Eso no nos dejaba, y donde nos encontraba afuera, nos pegaba... (Martha, 1991).

Vemos que la soledad y el aislamiento no sólo se producen por las múltiples tareas que debían realizar las niñas o por la falta de tiempo para otras actividades, sino que hay una expresa disposición de no relacionarse con el mundo exterior:

> Era bastante raro cómo me criaron porque no me dejaban que tenga amigas ni amigos ni nada, sólo cuando salía al catecismo […] No me dejaba salir porque sabía dejar encargando a los vecinos que me cuiden, que no salga ni a la puerta de la calle, que no salga a ninguna parte, siempre me dejaba con tarea... (Dolores, 1991).

El trabajo, la escasa posibilidad de dedicarse a actividades recreativas, y el aislamiento se convierten en los ejes principales de la primera etapa de vida de estas mujeres. Se produce así, una 'adultización' precoz que deriva en el marcado sentido de responsabilidad que las mujeres internalizan, sobre todo frente a las tareas domésticas acompañadas del cuidado a los hermanos/as menores. Es así como, por un lado, se va conformando el rol que asumirán frente a la maternidad y a las otras actividades reproductivas que posteriormente deberán cumplir y otro, se va interiorizando la ausencia actividades de esparcimiento y de contacto con el mundo exterior, como un componente 'natural' de la vida de las mujeres.

Pese a ello, se observa que la aprehensión de los roles en la infancia no ocurre solamente a través de las diferencias en los juegos o en la división de tareas que debían cumplir de niñas o niños en sus hogares, sino más bien a través de los modelos de comportamiento que se imparten y por el discurso valorativo que acompaña el hacer. Así, por ejemplo, Dolores narra que la madrina que se crió, al castigarle por salir a pasear o a jugar con las vecinas, siempre decía.

> Que yo tengo que estar en la casa, porque las mujercitas son de la casa y que no salga. [También decía:] Para casarte tienes que aprender a cocinar,

> a lavar, a planchar, a ser mujercita porque a los hombres no les gusta que la mujer solo vaya a estar acostada en la cama (1991)

Junto al cumplimiento de las tareas domésticas, se fomentan actitudes de subordinación en las mujeres, como lo evidencia el siguiente testimonio:

> Mi madre decía: si tienes cualquier problema con el esposo. Ahí hay que reclamar, decía. Eso nos aconsejaba nuestra madre, así, haciéndonos sentar a los once que éramos… Hay que atenderle, respetarle, que con ambas manos se lava la cara, hay que ayudarle, no hay que estar, por ejemplo, con una cosa, que así es mi esposo, que otro es, que esto hace, así no, no hay que criticar al esposo, porque con el hombre que se echa y se levanta nunca hay que ser así. La ropita arreglada, la comidita, el cuartito barrido. Todo eso nos habló. Y vengan, aprendan a pelar cuyes, a pelar borregos, a hacer el pan, a pelar las papas, a hacer esto, estotro, enseñaba nuestra madre... (Inés, 1991).

Es interesante resaltar que si bien la madre de Inés reunía a hijos e hijas, para aconsejarles, era a las mujeres a quienes se les inculcaba el respeto y la discreción frente a sus esposos y era a ellas a quienes les enseñaba a servir y a complacer al otro y no a la inversa. Es pues así como se feminizan ciertas actividades y actitudes, que luego serán realizadas y exigidas como características propias y exclusivas de las mujeres.

Estas estrategias de silencio y de sumisión frente a los problemas tendrán, como veremos más adelante, importantes repercusiones en la actuación de las mujeres frente a los hechos de violencia y en la dificultad que encuentran para poder negociar los conflictos de manera equitativa.

A las mujeres no hay que darles mucho estudio...

En varios de los relatos recogidos encontramos que las aspiraciones femeninas de continuar estudiando fueron frustradas por su condición de género:

> Mi mamá decía que ya no quería que siga en el colegio. Ella decía que nos necesitaba, bueno yo no sé, decía que a las mujeres no hay quedarles mu-

> cho estudio porque las mujeres es solamente para enseñarles las cosas de la casa, que después van a tener enamorados, que por aquí, que por acá... Yo no pensaba eso. Lo que no me gustó, lo triste es que mi papá no me puso en el colegio... (Rosa, 1991).

> Yo quise entrar al colegio en Chimbo; pero el profesor le había dicho a mi papá que siendo mujer para qué me iba a mandar, entonces no me puso... (Charo, 1991).

> Yo tenía bastantes zapatos y me mandaba con zapatos remendados porque decía que ya he de conseguir alguien por ahí y que ya me voy a ir. De la escuela me dieron beca para que vaya al Manuela[4], y ella no me puso, me puso a estudiar corte... (Dolores, 1991).

De esta manera las mujeres van incorporando a su vida la percepción de que las exclusiones y el trato discriminatorio que reciben forman parte del destino femenino y construyen su identidad subordinada como un hecho natural y necesario, que no se puede evitar. Por ejemplo Charo, quien luego de narrar cómo en su familia las mujeres eran las que tenían mayores obligaciones, dice:

> Es por eso que ahora esto[5] a mi me sirve, me sirve bastante [y añade:] Bueno, como ya nos habíamos criado nosotros en ese ambiente, no me afectaba en nada, no, mejor enseñadas, nos gustaba hacer las cosas (1991).

Con frecuencia, el castigo y la violencia serán mecanismos efectivos en este aprendizaje de la subordinación, aspecto que referimos a continuación:

Tenía un cabestro gruesote y me pegaba...

El ejercicio de la violencia también se inicia muy pronto en la vida de las mujeres. Durante la infancia, el 'no cumplimiento' a cabalidad de las responsabilidades asignadas a las niñas, será motivo de diferentes castigos:

---

4 Colegio para formación de docentes.

5 Se refiere al hecho de haber aprendido a trabajar constantemente.

> Estábamos cocinando, pero nos fuimos a jugar afuera y nos habíamos olvidado de la olla, y se había virado la olla. Nos quedamos sin comida, y a poco llegaron mis papases y no hubo comida, bueno, ¡una paliza! (Zoila, 1991).

> Una vez a mí se me quemó la comida, asimismo, por jugar entre mis hermanas... Mi papá me hizo comer, cosa que ya tenía ganas hasta de volver a botar. ¡Qué bestia!... mi papá me hacía comer y me puso la olla, y tienes que acabarte toda la olla, y ya no me entraba más, qué bestia, qué feo, que fea sensación de volver. ¡Uy!, era feísimo... Un castigo sobre la comida, o que no le den de comer o que le den de comer demasiado es un castigo feo, queda... (Martha, 1991).

Los testimonios muestran que los incumplimientos de las niñas no respondían a transgresiones o desobediencia expresa, sino a descuidos propios de la edad. Esta es otra evidencia del proceso de 'adultización' precoz, en tanto se exige que las niñas tengan niveles de responsabilidad y madurez excesivos para su edad. Encontramos también que el no acatamiento de las disposiciones de no salir, de no relacionarse con otras personas, será severamente castigado:

> Cuando me encontraba en la calle con mis amigas o alguna persona me venía a buscar para jugar afuera, no le gustaba, me pegaba, tenía un cabresto gruesote y me pegaba. Ya más grande, me sabía bañar desnuda en el patio, sólo en calzonario. Eso no me gustaba y yo lloraba y ella me pegaba encima de eso… (Dolores... 1991).

En esta etapa se instaura el sentimiento de miedo frente a los castigos de los adultos. Los padres, las madres o las personas responsables de la crianza de los niños y las niñas se convierten en figuras punitivas, a las cuales ellos y ellas deben someterse.

En los casos de las mujeres entrevistadas, no se evidencia claramente la etapa de la adolescencia marcada por determinados tipos de comportamientos y actividades como los que conocemos en las clases medias de las urbes. En las mujeres entrevistadas la adolescencia se ubica a partir de las transformaciones fisiológicas que se inician con el aparecimiento de la menstruación. Es un momento de la vida en que se concretiza el paso de niña a mujer, en el que se re-

conoce su sexualidad, en torno a lo cual se van entramando una serie de mitos y de falsas creencias que resultan en miedos diversos respecto a la sexualidad: a 'fracasar' si pierden la virginidad, a ser 'malas mujeres' si reconocen su deseo o curiosidad, a 'salir con guagua' si inician su vida sexual, entre otros. El miedo proviene del hecho de que cualquiera de estas situaciones, no solo generan el rechazo y la sanción social, sino que muchas veces significan el repudio y el abandono de sus allegados e inclusive, de sus propias parejas.[6] Al parecer, estos 'miedos de género' se van cimentando en la infancia toman cuerpo en la adolescencia y se manifiestan en las relaciones que establecen en su vida adulta. Junto al desconocimiento y al miedo vendrán el control y la represión familiar y social.

El mal de no morir…

La experiencia de la primera menstruación se la vive con miedo y vergüenza debidos a la desinformación y silencio que rodea a todos los temas que tienen relación con la sexualidad, como revelan los siguientes testimonios:

> Yo no sabía qué era eso ¿Cómo es el mal de no morir?, decía yo. Yo no estoy con gripe… Y ella se suelta una risotada. ¡Ah!, somos mujeres, vos estás con la menstruación ¿Y eso qué es?, digo yo. Francamente, yo era tonta en ese sentido... (Martha, 1991).

> La primera vez, cuando me enfermé, yo no sabía nada. Me asusté, me hizo feo, una sensación rara... (Carmen, 1991).

El desconocimiento y la ausencia de orientación respecto a su cuerpo, a su sexualidad, a los procesos naturales que les son propios, crean una ola de misterio sobre los cambios que se producen en esta etapa de la vida de las mujeres. La curiosidad y el miedo femeninos se reforzarán por la falta de información sobre el significado de las transformaciones biológicas que experimentan. A ello

6 En varios de los relatos vemos que las razones que encuentran las mujeres para explicar y tolerar la actuación violenta de sus maridos, aluden a la percepción que ellas mismas tienen de que no fueron 'buenas', de que transgredieron el modelo de pureza y castidad impuesto a las mujeres.

se suman las enseñanzas distorsionadas que reciben por parte de sus madres o de otras mujeres:

> Un día cuando estuve enferma de la menstruación, me dijo que si me acerco donde un hombre es malo, es pecado y que me voy a quedar embarazada y que no le acepte, pero como yo ya le acepté, él era mi enamorado y tenía miedo porque ella ya me dijo así. (Dolores, 1991).

> Me decían que cuando una persona menstrúa, ya tiene bastante peligro, de que ya puede quedarse embarazada. Una vez una señora que venía a lavar a la casa la ropa, me decía que ella se había quedado embarazada porque había tomado una copa de trago. Yo era bastante muda ¿no?, entonces yo en la hacienda, siempre en las siembras hacían eso, ahí tome una copa de trago. Yo decía: ¡Dios mío, Señor!, ahora que me quede embarazada... Yo asustada, imagínese... (Rosa, 1991).

Estas enseñanzas crean un clima permanente de temor, zozobra e inseguridad, orientado a que las mujeres preserven el ideal de pureza que la sociedad les demanda. Relatos, consejos y advertencias se refuerzan en este momento en que se concretiza la 'sexualidad de la niña', lo que la expone a mayores 'peligros'. De allí que esta etapa se caracterice por el establecimiento de rígidas normas de comportamiento. A través de permisiones y prohibiciones la niña aprenderá los modelos de lo que debe ser una joven, una buena mujer.

En las historias de las mujeres encontramos que éste fue un período en el que no se les permitió salir, divertirse, asistir al colegio, tener amigas, peor aún, amigos; contrariamente con la libertad que se daba a los varones, quienes además tenían la obligación y el derecho a controlar a sus hermanas y a sus enamoradas. Bajo esta concepción el varón se convierte en el garante de la norma y el vigilante del deber ser de sus allegadas. Veamos los testimonios:

> Mis papás eran estrictos, eso sí, bien estrictos. Nosotros no hemos tenido la suerte de que haya una fiesta y nos vamos. Nunca nos han mandado, por más que me quede llorando, nunca, nos han mandado a ninguna fiesta. En cambio mis hermanos ¡fuchas! alzaban el rabo y largo…Si uno de mis hermanos nos veía que conversamos con un chico o llegaba a saber que teníamos algún enamorado, nos escapaban de pegar… (Charo, 1991).

> Mi hermana que me crió, ella vuelta no quería que esté con nadie, que nadie me moleste, que nadie me persiga, nadie, ni amigos, ni nada, nada, nada no le gustaba. Ella me cuidaba, mandaba a mis hermanos a que me vayan a espiar el rato que salgo de clases, como era de noche y ya estaba grande yo también, pues. Si no venía rápido mis hermanos me pegaban, que por qué me he demorado, que dónde me he ido, que por qué me he ido a dar la vuelta, siempre me perseguían... (Inés, 1991).

La desinformación, el aislamiento, la vigilancia y el castigo son mecanismos para controlar la vida, el cuerpo y la sexualidad femeninos. A través de estos mecanismos se intenta preservar la norma de pureza que toda mujer debe cumplir como requisito indispensable para garantizar su calidad moral, la cual debe expresarse en un ejercicio de la sexualidad dentro de la conyugalidad y orientada exclusiva o principalmente a la reproducción.

Los hombres sólo tratan la maldad de la mujer...

Como parte de esta concepción sobre la sexualidad femenina, en los relatos de las mujeres, encontramos que las advertencias y enseñanzas de sus 'ancestras' aluden a la peligrosidad masculina, en relación a la posibilidad de perder el don más preciado de una mujer: la virginidad. Se trata de una educación en el miedo en la que no se informa ni orienta a las jóvenes sobre su cuerpo, sus derechos, sus potencialidades, sino que se les enseña a desconfiar y a reprimir sus emociones en su práctica amorosa, lo que condiciona y limita sus relaciones con el otro sexo. Estas son las experiencias narradas por las mujeres:

> Mi mamá únicamente nos aconsejaba es que nos cuidemos mucho, mucho, que no seamos confianzudas, que los hombres sólo tratan la maldad de la mujer y ustedes tienen que ser unas buenas chicas y tienen que cuidarse. A veces mi mamá era bravísima y nosotros le hacíamos caso de lo que decía. Y así mismo, mi mamá decía: yo no quiero que te lleves con cualquier persona, no hay que confiarse de cualquiera, siempre nos decía, y eso sí yo me he criado. Yo tengo eso, ya me ha quedado dentro de mí... (Charo, 1991).

> Mi cuñada nos decía que era malo estar con un hombre, que no hay que dejarse besar, que no hay que dejarse topar, que cuando uno está con un hombre le topa las manos y ya sabe que está menstruando y que… si uno ya se está con un hombre, después ya se está con otro y cuando uno ya quiere casarse el hombre reclama porque ella ya no ha sido virgen y le va botando... (Martha, 1991).

> Mi tía me decía que los hombres son malos, que son groseros, que son mujeriegos. Ella me hablaba que hay que portarse bien, que hay que ser una chica seria, que no cometa errores, que cuando la mujer ya está haciéndose grande y bonita todos los hombres le siguen y le molestan, pero cuando ya le pasa algo... Tienes que cuidarte, tu vida, tu virginidad que vale muchísimo, si eso se pierde ya se acaba todo... (Dolores, 1991).

En este contexto, los hombres son buenos o malos según propongan o no a las mujeres tener relaciones sexuales; a la vez que ellas son buenas o malas de acuerdo a si satisfacen o no sus deseos. Las normas culturales convierten a las mujeres en "custodios morales del comportamiento masculino que se supone que ellas instigan y desencadenan"[7]. Para cumplir con esta tarea, dice la misma autora, las mujeres deberán controlar su deseo sexual, no expresarlo públicamente y desarrollar las virtudes femeninas de autodominio y vigilancia sobre su propio cuerpo. Sobre estos temas las entrevistadas relataron sus experiencias:

> Me acuerdo mis ñañas, mis mayores que mí, ¿no?, las otras hembras, nunca mi madre daba permiso, por ejemplo, que se vayan con ellos… No, no. Un ratito sabrían conversar por allí; pero nunca mi madre aceptó eso porque decía que ya un enamorado que le lleva a la quebrada, que le lleva atrás de las matas, ya tiene malas intenciones. Entonces que hay que tener cuidado, que si ese enamorado intente eso, que le deje allí porque el amor verdadero es sin malas intenciones... (Inés, 1991).

> Yo tenía, tengo la idea de que una buena mujer, creo que, según él también me decía, que tiene que ser virgen, que no 'haiga' tenido otras relaciones con otros hombres, porque cuando las mujeres que ya no son buenas, tienen varios hombres... (Martha, 1991).

---

7 Carole Vance (editora) 1990. *Placer y Peligro. Explorando la sexualidad femenina.* Madrid: Editorial Revolución, p. 14

Responder al modelo de 'buena mujer' aprehendido provoca conflictos en las jóvenes, quienes se debaten en múltiples contradicciones: entre resignarse o transgredir, entre satisfacer sus necesidades afectivas o reprimir sus emociones, entre las nociones de pecado o fracaso y la 'prueba de amor' demandada por sus parejas, entre la curiosidad y el miedo, entre el deseo y el deber ser. En los grupos focales, al responder a la pregunta de si ellas pedirían la 'prueba de amor' a sus enamorados, como ellos suelen hacerlo, las mujeres evidenciaron las dificultades y ambivalencias que viven en torno a sus sentimientos y deseos:

> El hombre siempre dice que la mujer tiene que ser virgen, ¿no? y si la mujer le pide la 'prueba de amor', después va a decir no, si pide ya no es virgen, no me sirve para madre de mis hijos... (Grupo focal, 1991).

> La verdad que la mujer se case virgen o después de la prueba de amor, fregada está… (Grupo focal, 1991).

> Las que la dan es porque piensan que así es la seguridad del amor, que lo va a tener más seguro a él y así él le va a querer más... (Grupo focal, 1991).

> No, sí, nosotras también queremos, pero es un peligro pues, porque si le pedimos la prueba de amor, el hombre no tiene ningún peligro de perder nada. Vuelta nosotros sí, además, nos podemos quedar embarazadas y nos dejan con el guagua... (Grupo focal, 1991)

Estas oposiciones escinden la vida de las mujeres, quienes para evitar el rechazo social y el de sus propias parejas, no pueden expresar libre ni espontáneamente sus deseos, deben contener sus impulsos y limitar las potencialidades de su cuerpo. Para ejercer su sexualidad, las mujeres tendrán que optar entre el marco legitimado de la conyugalidad orientada a la reproducción y al recato femenino o por vivencias censuradas en las que junto a la eroticidad y el placer, encontrarán la sanción y el repudio. Vance, sostiene al respecto:

> En la vida de las mujeres la tensión entre el peligro sexual y el placer sexual es muy poderosa. La sexualidad es, a la vez, un terreno de constreñimiento, de represión y peligro, y un terreno de exploración, placer y actuación (1989: 9).

Las historias de vida muestran que las relaciones con los hombres están atravesadas por esta dualidad, pues los recuerdos de las mujeres oscilan entre las vivencias placenteras y las dolorosas, entre el cumplimiento o la transgresión de las normas, entre el intento por preservar su condición de sujetos de sí o en convertirse en un ser de y para los otros/as.

La posibilidad de las jóvenes de acceder al mundo exterior, de relacionarse con sus pares es mediante el no acatamiento de las disposiciones familiares y sociales. A través de distintos mecanismos las jóvenes burlan la vigilancia y, no sin riesgos, realizan las actividades que les prohiben:

> No nos dejaban ir a las fiestas, por eso nosotros siempre íbamos a escondidas, aprovechábamos que mi hermana trabajaba en un hotel y a veces tenía turnos por la noche, entonces con ese pretexto íbamos al cine con los vecinos que nos invitaban... Una vez mi otra hermana se quedó en una fiesta en la casa del novio y a mí me dieron una tremenda paliza por eso y yo tenía despecho... (Martha, 1991).

> Él venía de noche a verme, me silbaba, yo salía, a esa hora yo le veía, o cuando yo venía de clases subía viéndole cuando había cómo y si no, los sábados me salía a mediodía en pretexto de comprar el pan, mote o algo, ya le subía viendo, pero mi tía no me dejaba. Si sabía me pegaba durísimo y ya no me dejaba salir para nada y les decía a las vecinas que me vigilen, que me controlen... (Dolores, 1991).

Vemos que nuevamente el maltrato y el castigo son recursos a los que se apela con el fin de controlar las relaciones amorosas y la conducta sexual femenina. Por otro lado encontramos que, en muchas ocasiones, los varones violentan a las mujeres para obligarlas a satisfacer sus demandas sexuales, asociadas a una supuesta 'naturaleza' lujuriosa, agresiva e incontrolable de la sexualidad masculina:

> Me acuerdo que una vez tuve un enamorado, me trató mal, me pegó y ahí sí yo no salí con él. Quería que me quede una noche a dormir con él y yo no quise, entonces me pegó, yo no le quería tampoco. Nunca me he sentido bien, bien, así con un hombre... (Carmen, 1991).

> Un día, a eso de las siete de la noche, el primo de una amiga me dice: 'yo le voy a llevar a su casa, pero por acá, por acá sale más recto y rápido'. Yo le creí, pues, como eran amigos, digamos, primo de mi amiga, sí dijo, anda no más con confianza. Yo, ya bajamos y empieza a bajarme por unos chaquiñanes. Le digo: ¿está seguro que por aquí se llega? Dice sí. Cuando ya nos bajamos para una quebrada, para adentro, que me abraza y me quiere botar contra el piso y que me deje ahí hacerlo así. Me amenazó y me dijo que me deje hacer lo que él quiera porque peor me va a pegar. Entonces yo le dije que no, pues, y él me pegó, me puso un ojo verde, pero yo me defendí... (Martha, 1991).

Es así como, con el inicio de la adolescencia, se expropia a las mujeres del derecho a decidir sobre su propio cuerpo, a ser dueñas de sí, a ser protagonistas de su historia. Compartimos la afirmación de que:

> ...la soberanía de la mujer sobre su cuerpo es violada cuando encuentra oposición en la toma de decisiones sobre el mismo, tales como cuándo, cómo y con quién relacionarse en el terreno afectivo; escoger su compañero sexual o sus amistades; el derecho a negarse a tener relaciones sexuales, o cuando se le impide acceder a los recursos de la planificación familiar o decidir sobre el número de hijos[8].

La imposibilidad de las mujeres de decidir sobre su afectividad y sexualidad responde también, a la ausencia de información y educación sobre su cuerpo, su potencial sexual, sus derechos, que junto a la presencia de tabúes, prohibiciones y sanciones impiden el desarrollo de su autonomía y su autodeterminación en este campo.

Yo fracasé con él...

En las circunstancias descritas, el inicio de la vida sexual de las mujeres está marcado por el desconocimiento, la inseguridad, el miedo y la ansiedad que les

8 OPS s/f. Anexo: *La violencia contra las mujeres y las niñas: análisis y propuestas desde la perspectiva de la salud pública.* MSD 13/6 (esp.) (mimeo.)

genera la noción de estar contradiciendo las expectativas socio-culturales y familiares. Así lo testimonian los relatos de las mujeres entrevistadas:

> Los antiguos nunca nos hablaban de sexo ni de nada, todo era tan secreto, tan escondido. ¡Púchicas!, me enteré cómo se hacían los guaguas a los veinte años, cuando me casé... (Zoila, 1991).

> Había un joven en la casa que yo vivía, que era primo de la señora, y él, como le digo, yo fracasé con él. No me sentía tan bien, no sé, la culpa, o no sentía, no me sentía bien. Entonces yo pensaba que él sentía vergüenza de la señora [dueña de casa] y todo eso... (Carmen, 1991).

> Un rato de locura ha de haber sido porque yo me acuerdo que me invitó a un baile y nos tomamos y un poco ya estaba media mala yo, entonces dijo: vamos a mi cuarto. Y bueno, y nos fuimos, entonces, ahí no más... Ni quiero acordarme, no quiero acordarme lo feo que era. No sé si a todos les pasará lo mismo. ¡Qué feo, qué vergüenza, uy! Decía: de gana, ¿para qué me vendría a meter aquí? ¡Qué bestia! ¡Cómo me arrepentía! (Martha, 1991).

Vemos que la vivencia del propio deseo provoca un profundo desasosiego en las mujeres, en tanto supone romper los límites de la femineidad valorada socialmente. Los modelos se internalizan de manera tal que no ajustarse a ellos significa, no sólo estar defraudando a quienes le rodean, sino una forma de transgresión a sí mismas. Al decir de Vance:

> Las mujeres (a quienes sus madres enseñaron a mantener la falda bajada, las bragas subidas y el cuerpo lejos de los extraños) llegan a vivir sus propios impulsos como algo peligroso que les impulsa a aventurarse más allá de la esfera protegida. El desenfado y la impulsividad sexual adquieren un precio muy alto.[9]

Parte del precio que deben pagar las mujeres por haber dado paso a sus deseos sexuales son los sentimientos de culpa, desvalorización y vergüenza, los cuales se convertirán en verdaderos obstáculos para la construcción de relaciones equitativas y satisfactorias con el otro sexo, a la vez que limitarán la posibilidad del

9 Carole Vance op. cit., p. 14.

placer, ahondarán las contradicciones y la escisión de las vivencias femeninas. La culpa, el miedo, la vergüenza y la soledad son sentimientos que reaparecerán en la vida de pareja y serán particularmente reforzados en una relación marcada por la violencia del hombre hacia la mujer. Al estar aceptados como 'naturales', estos sentimientos se convertirán en poderosos obstáculos para que las mujeres exijan sus derechos y actúen para poner fin a la situación de maltrato. No sólo los sentimientos presentes durante la adolescencia tendrán incidencia en la futura vida de pareja, sino que todas las vivencias de esta etapa sirven para fijar las reglas del juego en las relaciones hombre-mujer en el contexto de una pareja estable que comparte el ámbito doméstico.

Ya las cosas deben venir color de rosas...

En las historias, las mujeres sienten que esta etapa de su vida fue también la de las ilusiones y los sueños, de los deseos de cambio y de superación, de expectativas frente al futuro:

> Yo lo que quería es ser profesora y quería estudiar para ser profesora. También decía que me tengo que casar, pero no tan pronto ni tan muchacha. Yo sencillamente decía que el matrimonio, por ejemplo, yo casarme con la persona que yo le quiera, entonces voy a ser una mujer feliz... (Charo, 1991).

> Decía, no me he de casar pronto, he de estudiar, he de seguir hasta la universidad, tener algo bueno, un buen enamorado, una casa con todo lo necesario, ¡púcha!, tener un carro, tener algo, o sea salir de la pobreza y no estar ahí mismo y ser alguien en la vida... (Dolores, 1991).

> Ah, cuando yo trabajaba así, en una casa, pensaba que yo hubiera querido tener todas esas cosas, decía, que tiene la señora; o sea, vivir bien en una casa amplia, con muebles, todo diferente a lo que yo viví, pues. Ese era mi sueño de tener más... (Martha, 1991).

La idealización del matrimonio, la esperanza de encontrar maridos buenos, de conformar familias felices, sus deseos de estudiar o trabajar, de 'vivir bien', muy poco se cumplieron en sus vidas, como lo sintetizan los siguientes testimonios:

> Se cree que se va a dejar el hogar en que hay peleas y problemas y que el hogar que se va a formar allí sí vamos a ser felices. ¡Qué decepción! Porque se le quiere, uno cree que va a ser mejor, pero resulta peor... (Grupo focal, 1991)

> El anhelo de uno hubiese sido casarse con el hombre que 'deverasmente' se lo quiso, disfrutar de ese amor, como en las novelas, pero no pudimos... (Grupo focal, 1991)

> Yo pensaba que se iba a ganar el cielo, que era algo lindo, que se iba a salir del ambiente en que uno estaba. Entonces decía: con él ha de ser todo bien, que iba a ser feliz, que para sufrir ya he sufrido bastante, la vida me ha golpeado bastantísimo, ya no es justo que siga sufriendo pues, entonces ya en el matrimonio, ya las cosas deben venir color de rosas; pero no es así, pues, no han sido así las cosas... (Dolores, 1991).[10]

Lo señalado hasta aquí constituye una tendencia, bastante generalizada en el medio social analizado, que se va entramando de acuerdo a las características familiares, al medio cultural específico en que se desenvuelven y a las vivencias individuales de las mujeres. Todos estos elementos influirán de diversas maneras en la percepción que cada una tiene sobre sí misma y en el tipo de relación de pareja que establecerán.

'Madresposas' y el ejercicio del poder

En esta sección describimos los diversos roles de las mujeres en el marco de la vida de pareja, analizamos el poder masculino y el ejercicio de la violencia de género.[11]

10 Similares sentimientos y frustraciones encontraremos, más adelante, al analizar la experiencia del matrimonio y la vida adulta de las entrevistadas.

11 Por razones metodológicas, hemos tomado la vida en pareja como el espacio donde se ejerce violencia contra la mujer y se expresa el poder masculino.

Me casé pensando que iba a salir a ser libre...

Las historias muestran que el inicio del matrimonio o convivencia está determinado más por factores exógenos a la misma relación y ligados entre sí -escape de problemas familiares, solución al aislamiento, búsqueda de protección, de estabilidad, de afecto, la pérdida de la virginidad, la noción de 'fracaso'- que a sentimientos de amor o de pasión.

> Me casé porque yo ya me había entregado, pues. Yo decía ¿qué hago yo? Yo ya no era buena, pues... Así pensaba yo... Sea como sea, a éste me entregué y ahora voy a aguantar lo que venga, decía... (Martha, 1991).

> No me casé, me salí de la casa del despecho porque tenía problemas. Mi madrina me mandaba donde mi mami, decía que quiere zafarse de responsabilidad, que me va a pasar algo o que voy a fracasar y empezó a tratarme más mal. Entonces él me dijo que me puede llevar porque dijo mi madrina que me va a encerrar en el Buen Pastor[12] y yo no quería... (Dolores, 1991).

> Muy, muy, ¿cómo es?, muy controlada. Creo que por eso me casé, pensando que iba a salir a ser libre... (Carmen, 1991).

> Él fue el primero, pero él no fue para mí mi primer amor, sino es quizá por la soledad, es que yo me encontraba sola... Como este señor de 'chumado' se había ido a decir que me quería, que quiere casarse conmigo, entonces acepté, pero los hijos no me aceptaron, algo así, entonces él cambió y hasta me abandonó... (Inés, 1991).

> No me alcanzaba la plata, pagaba arriendo del cuarto, eran dos cuartos. Como yo tenía nada, tenía la cama en mi cuarto y el otro era vacío pues, entonces me dice una señora: ¿por qué no le arrienda ese cuarto al joven porque no tiene donde vivir? Él compró unas tablas y le dividió al cuarto y se pasó a vivir ahí y, como nos seguíamos viendo y todo eso, entonces dijo vi-

12 Se refiere a un convento de monjas.

> vamos juntos. Yo le decía que me daba miedo, me daba recelo y él me dijo que incluso quería tener un hijo y que no importa, hasta que tanto insistió que abrimos esas tablas e hicimos ya como un hogar... (Carmen, 1991).

Los testimonios anteriores nos permiten ver que la búsqueda de bienestar y los anhelos que albergaban las mujeres al optar por la vida en pareja y por la conformación de una nueva familia, estaban limitados por las circunstancias y por los sentimientos que les condujeron a tomar dicha decisión. Creemos que el hecho de que las mujeres no busquen otras alternativas para resolver sus dificultades o para su realización personal, reflejan en qué medida la presencia del hombre, el matrimonio y la maternidad constituyen hitos necesarios e ineludibles para reafirmar la identidad femenina. Así lo evidencian las siguientes expresiones:

> *Yo he vivido esto, cuando uno se va a una reunión social con el marido, hay respeto, todo, cuando uno va solita, ni la saludan, ahí parada, ahí sentada...* (Grupo focal, 1991).

> *El hombre no puede vivir sin mujer y la mujer tampoco sin el hombre. Nosotras nacimos de las costillas de los hombres, así es... A una le falta algo sin ellos...* (Rosa, 1991).

> *Los hijos acompañan pero no es lo mismo, una siempre necesita del hombre. Así es la vida, así ha sido desde siempre, así nos han acostumbrado desde pequeñas...* (Grupo focal, 1991).

> *La mujer nació para ser madre. Eso nadie lo puede discutir...* (Grupo focal, 1991).

Al comienzo todo era lindo...

Pese a las conflictivas circunstancias en que las mujeres entrevistadas decidieron iniciar la convivencia y a las dificultades que comenzaban a aparecer, la mayor parte de ellas guardan recuerdos agradables sobre el primer tiempo de vida en común.

> Cuando me entregué él decía que yo no había sido [virgen], que con quién he de haber estado... Después cuando ya nos casamos con él era bien todo, lo que no le gustaba es a la mamá. ¡Uy, la mamá sí que no me podía ni ver!... Bien, bien. Bonito al comienzo todo, todo lindo porque él trajo las cosas, las compras, arreglamos la casa, limpiamos todo, estábamos bien, él me llevaba a todas partes... (Martiza, 1991).

> Me hice cargo de una hija que él había tenido, pero él era muy bueno, muy bueno... no tenía más problemas. A veces por cosas tan pequeñas, ¿no?, pequeñitas. Él no quería dejarme trabajar. Entonces él era bastante preocupado, yo veía que él también sufría de que él deseaba darme más pero no me daba porque no ganaba mucho. Nos iba bien todo, todo… (Zoila, 1991).

> Pasábamos muy bien, éramos muy felices. Nunca 'peleábamos', nunca discutíamos, nos llevábamos muy bien. Ya después de que vinieron los hijos, a veces, por ellos se empieza a discutir, a pelear... (Charo, 1991).

> El al principio era bueno, bien bueno, ¿no? Se dolió bastante de mi hija... Él supo todo mi pasado, todo, todo. Eso sí, yo nunca le oculté nada, hasta para poder ser feliz... (Inés, 1991).

A él ya no le gustó que trabaje...

El idilio dura poco tiempo, pues la mayoría de las mujeres anotaron haber percibido rápidamente, cambios en sus compañeros y en las reglas de juego de la relación. Los hombres en cuanto se casan piden a sus mujeres que dejen de trabajar, que no salgan, que abandonen sus relaciones con personas ajenas al núcleo familiar, que se dediquen exclusivamente al hogar, a su rol de 'madresposas'. Leamos algunos relatos al respecto:

> A él ya no le gustó que trabaje, decía que no atendía la casa, que no cocinaba, él llegaba y se molestaba que no estaba arreglada la casa, entonces me dijo que me salga y yo dejé de trabajar... (Carmen, 1991).

> Él me fue a dejar donde la hermana y me iba a ver unas dos o tres veces a la semana y me dejaba con plata, con cosas y les decía que no me dejen salir para nada, ni donde mi mami, ni donde nadie... (Dolores, 1991).

> Yo quería trabajar para ayudar en la casa porque mucho él me decía, siempre me ha dicho que soy una vaga, que no trabajo, que no me dedico y así, que no tengo... pero vuelta él no quería que trabaje, ni que salga a ninguna parte... (Martha, 1991).

De esta manera, sobre todo durante los primeros años de convivencia o matrimonio, la mujer es confinada al espacio del hogar, no sólo para cumplir su rol, sino como una manera de controlarla, de garantizar su fidelidad sin condiciones. Este encierro doméstico aísla a la mujer, genera dependencia económica y afectiva, imposibilita su autonomía, refuerza y recrea su subordinación. Todos estos elementos que tendrán una fuerte influencia para que las mujeres se sientan imposibilitadas de actuar para poner fin a la violencia en la relación de pareja.

Cambió definitivamente, a lo que él me ofreció...

La mayor desilusión de las mujeres proviene del cambio de actitud de sus maridos: exigencias, engaños, infidelidades y maltratos. En los relatos se observa que la decepción y el dolor que estos hechos generaron en las mujeres, incidieron para modificar sus sentimientos y deteriorar la relación conyugal.

> Hasta el año mi marido se portaba bien conmigo, pero después me enteré que antes de mí él había tenido una mujer. Mi marido, yo no sabía, seguía viéndose con esa mujer. Me acuerdo que le dije llorando: usted me engañó, me dijo que no tenía ningún problema, que era libre. Si yo hubiera sabido que tenía otra mujer, yo no me hubiera comprometido con usted... (Rosa, 1991).

> Cuando mi hijo tenía unos dos añitos, me vino, sentí algo raro, cambiado lo sentía y yo pensaba que me estaba traicionando. Cuando llama la hermana de él mismo y me dice: ¿sabe qué? No se va al trabajo, vigílele, anda con una mujer. Yo al comienzo lloraba, me sentía mal, pero después dije

> bueno, y él no sé, creo que le aconsejaron y retrocedió, parecía volver a la normalidad, pero otra vez me contaron que andaba con una mujer y le hice la bulla y él me dijo que ya no quería vivir conmigo, yo le dije que se vaya. Él me dijo que no, siempre niega... (Carmen, 1991).

> De ahí me enteré que él había tenido una chica, que ella tenía veintidós años y que se había quedado embarazada... (Dolores, 1991).

> Se valió de una borrachera para decir todo lo que había tenido guardado. Y ahí cuando yo oí que decía que ya no quiere saber nada de la casa, que ya no le importaban los hijos ni nada, para mí fue tremendo, tremendo. Pero yo me moría; ¡Dios mío!, salí y me metí en un rincón a llorar... (Zoila, 1991).

Las mujeres participantes en los grupos focales, también manifestaron su percepción respecto a los cambios de actitud de los hombres y a la distancia que existe entre su imagen y los ofrecimientos hechos durante el enamoramiento y la conducta que asumen posteriormente en la convivencia. Estas son algunas de sus expresiones:

> Parecen pájaros silbando porque están queriendo conseguirle a la chica... En un comienzo todos se portan bien, después cuando uno tiene los hijos, ellos cambian... (Grupo focal, 1991).

> Ya no son atentos como eran al comienzo, ya no son atenciones, ya no son paseos, ya por ahí mira a otra chica, ya hace comparaciones... (Grupo focal, 1991).

> Todos se presentan de maravilla, de lo bueno, después en el matrimonio demuestran todo lo contrario... (Grupo focal, 1991).

Yo no comprendo por qué el hombre le pega a la mujer...

Junto a estos hechos y sentimientos, quizá presentidos, pero esperanzadoramente negados, está el maltrato físico, como se puede apreciar en el siguiente testimonio:

> Unos días primero él se portaba bien, ¿no? Pero él fue casi, digamos, siempre fue malo. O sea que me pegaba desde el comienzo. A mi chiquita no le quería. Cambió definitivamente, a lo que él me ofreció, se portaba... No sé cómo ni porqué... (Inés, 1991).

De manera similar a la vivencia que relata Inés, la violencia de género en la relación de pareja surge de manera imprevista para todas las mujeres que han pasado por esa experiencia. Las historias de violencia que hemos recogido coinciden con los datos de las encuestas en que el maltrato hacia la mujer aparece tempranamente en la relación, generando desconcierto e instaurando el poder-autoridad masculino:

> Se fue a jugar fútbol y regresó 'chumado'. Yo le dije bueno, vos todas las veces te vas solo a jugar, le digo, y ¿por qué no me llevas a mí? ¡Elé! Haberle dicho eso, dijo que ninguna mujer a él le va a dominar y que ninguna mujer le va a prohibir lo que él quiere hacer, y pero una puta… y que las mujeres deben estar en la casa, porque sólo cuando son las mozas, ellas se van atrás del mozo, pues, decía... (Martha, 1991).

> A veces porque no estaba la ropa lista, lo que él quería ponerse, un pantalón, una camisa, algo que él quería justo eso y no estaba; la comida, o quería que le tenga la comida caliente justo el rato que él llegaba, yo no sabía a qué horas viene. Entonces peleaba por eso y me pegaba... (Dolores, 1991).

> Lo que más a veces en las discusiones es porque él se queda tomando y eso a mí no me gusta. Está bien, porque sería un absurdo que yo le prohiba que él tome cuando hay un motivo; pero que se me quede de gana, no pues. Se amanezca por ahí, entonces, yo no le voy a decir: qué bien que te estás portando. Entonces, es por eso las discusiones, yo le reclamo, entonces, ahí me pega... (Charo, 1991).

> Decía que soy una tonta, que soy una muda, que soy una persona ignorante, que no valgo nada me decía él. Él antes de entrar a la Policía estaba en un salón, ahí ha sabido llevar una mujer y me pegaba una barbaridad. Yo no comprendo por qué el hombre pega a la mujer cuando está con otra, yo no comprendo hasta ahora... (Rosa, 1991).

Los factores que desencadenan el hecho violento, son los mismos que mencionaron las mujeres en las encuestas: la borrachera, la infidelidad o los celos del marido, reclamos o peticiones de las mujeres, el 'no cumplimiento' a cabalidad de las tareas domésticas, etc. Se trata de un uso arbitrario de la fuerza y del poder masculinos, con el fin de establecer la normatividad que regirá a la relación ya la vida familiar. El recurso de la violencia está orientado a preservar los 'derechos' del hombre y a garantizar que las, mujeres acaten su autoridad y cumplan con las funciones y actitudes que 'corresponden' a su rol de esposa y madre.

Lloro no más pues, siempre una es mujer...

Las reacciones y los sentimientos que provoca en las mujeres el maltrato, expresan la constante fragmentación y ambivalencia femenina, pues ellas oscilan entre aguantar, sufrir, callar, o bien protestar, rechazar, resistir. En los relatos de las mujeres sobre los episodios de violencia vimos que los mecanismos de aceptación o resistencia varían de acuerdo a las circunstancias y a los sentimientos que prevalecen en ellas: 'activos' y 'pasivos'. En las historias recogidas encontramos que priman sentimientos que conducen a la pasividad y al silencio femenino:

> Todo le parecía mal a él y venía a pegarme y de cualquier manera me trataba mal. Yo no hacía nada pues, y aguantando y así me iba al trabajo. Como estaba embarazada, tenía que aguantarle... (Rosa, 1991).

> Lloro no más pues, siempre una es mujer, ¿no? Y por más que una quiera decir que es fuerte, siempre el hombre es hombre... Nadie sabe, eso sí, no me ha gustado contar a nadie. Sólo la primera vez le conté a mi papá porque me estaba yendo a la casa, pero de ahí no, nunca me gusta sacar nada afuera lo que pasa dentro del hogar, nunca, nunca... (Charo, 1991).

> Yo he sido tan tranquila, tan tranquila, que después estoy como que nada hubo entre los dos y no sé por qué yo haya reaccionado así. Yo nunca le llevé al vengativo, nunca le dije bueno, vos eres así, ni voy a separarme ni te voy a hacer esto ni te voy a pegar, nunca le amenacé nada... (Inés, 1991).

> Yo me sentía mal, ¿no? me sentía triste, decía, ¿por qué me trata así?; ganas de contestarle lo mismo, ¿no? Pero si le contestaba algo, enseguida me pegaba, entonces no le contestaba; mejor lo que hacía es me encerraba y lloraba. Yo me quedaba así, mejor me tapaba la cara porque yo, vea, tengo partida la nariz, partida la boca, tengo estos como cachos, como bolas, entonces a mí me daba miedo... (Martha, 1991).

Si bien esta reacción pasiva, responde a la interiorización de roles y al determinismo frente al matrimonio y al destino femenino, también es el resultado de las mayores agresiones, de las amenazas y desvalorización que sufrieron las mujeres cuando actuaron en defensa de su integridad y de sus derechos. El mayor poder y la fuerza física masculina sirvieron para someterlas, lo que produjo o ahondó sus sensaciones de impotencia y desprotección:

> Una sola vecita me acuerdo que cogí la escoba, alguien me aconsejó que coja la escoba y le dé... Y lo hice. Pero en el rato que yo le di, cogió él la escoba, regresó y me acuerdo que, no, no, no. Me acuerdo es que cogió él, sólo eso me acuerdo; de ahí me hizo... pero cosa que el cuerpo creo a los ocho, quince días avancé a mover... (Inés, 1991).

> Yo estaba lavando y él se viene a pararse de ladito a seguirme insultando. Yo le digo: oye, no seas maricón, ¡cállate! Y él me dice, oye y vos pareces esas mujeres de la calle, las de la 24[13] pareces. Entonces, con la camisa que estaba lavando le lancé. Entonces me cogió, me empujó contra la pared, con mi cabeza creo que rompió el vidrio y me ahorcaba ahí. De, ahí, cuando me soltó le dije lárgate, le cogí la ropa y le metí en la mochila, el rato que salía con la ropa para acá a dejarle, me coge él para pegarme... Siempre me he tratado de defender con algo, con las manos le he halado los pelos, le he halado las orejas, o sea le he dado trompones, pero parece que la fuerza de ellos es más, o sea no le hace ni cosquillas... (Carmen, 1991).

> Yo reaccionaba, le gritaba, yo también le insultaba. Eso me decía que de boca le hiero bastante y que prefiere que le pegue. Un día le alcé la mano, entonces me cogió de la mano durísimo, me sacudió y me dijo que nunca ja-

13 Se refiere a las mujeres prostitutas que se localizan en la calle "24 de Mayo".

más en la vida le vuelva a alzar la mano porque ese día yo me puedo ir al hospital, que él me puede hasta matar... (Dolores, 1991).

Darme unas iras, una rebeldía...

Este hacer femenino frente a las agresiones que sufren, como ya dijimos, está acompañado de diversos sentimientos y emociones que juegan un papel importante en el tipo de reacción y actitud que adoptan las mujeres. Así, encontramos que sentimientos como 'iras', rabia, odio, rebeldía, venganza, orgullo, conducen a respuestas activas como agresión para defenderse, huidas temporales del hogar, reclamos, pedir intervención de otras personas. Esta actuación femenina es generalmente una reacción a situaciones extremas (maltrato a hijas e hijos, graves atentados contra la dignidad de la mujer). Los relatos que se citan a continuación muestran cómo estos sentimientos se activan y generan respuestas violentas en las mujeres:

No sé qué pasó, no sé cómo fue la reacción mía tan fuerte, de verle que le pega a la chiquita, que yo me lancé encima de, él. Y bueno, y mientras le hablaba y todo, le decía que es un cobarde, porque le pegaba a un niño. Ahí él se levantó y me pegó igual. Dijo: ¿qué es lo que te pasa?, ves lo que estás haciendo y bueno, ahí discutimos y nos pegamos, ¿no? (Zoila, 1991).

Él llegó con una de sus mujeres y vino a insultarme, a pegarme, ¿no? Ella es mi moza, es mi mujer, decía, y ahora ¿qué quieres?. Darme unas iras, una rebeldía, cosa que me levanté, cogí un palo y le di un garrotazo y le dije: ándate hijo de tal y cual y peor él me pegó… (Rosa, 1991).

Él empezó a decir que él ha cogido sobras, que vos has sido así, yo he sido un 'cojudo' que me he metido con vos, y dale a pegarme. Tenía odio yo, y decía qué venganza, tenía ganas de si había una quebrada, capaz de tirarme ahí y morirme. Yo, ya no me pude detener y yo también le pegué. Nos pegamos y nos tiramos las cosas. Yo me acuerdo que me hizo la cara verde y yo le raspé la cara, todita la cara le raspé, nos pegamos feamente. Los hermanos al otro día vinieron y dicen: ¿qué es?, vos creo que has dormido con

> una gata. Y él dijo, me acuerdo, no he dormido con ninguna gata, sino con una puta. Después siempre sabía hablarme diciendo que los amigos le habían dicho que cómo te has de dejar raspar la cara, que sólo las mujeres malas raspan la cara y que yo he de ser una mujer mala. Entonces a mí hacia qué feo; decía no, nunca más, más que me esté matando, no le he de pegar, decía. Y así hice. Después él me pegaba, pero yo no, no hacía nada... (Martha, 1991).

En los testimonios podemos apreciar que los sentimientos activos aparecen sobre todo al inicio de la historia de violencia; pero desaparecen paulatinamente debido a los desenlaces y a las consecuencias negativas que produjo su actuación. Es así como dolorosa e imperceptiblemente se instala la resignación en la vida de las mujeres, junto a sentimientos paralizantes como el miedo, la culpa, la vergüenza, la soledad, la inseguridad y la impotencia. Éstos, como lo vimos al analizar el proceso de socialización, son anteriores a la relación de pareja; se constituyen en ejes que atraviesan la vida de las mujeres y sus relaciones afectivas e intervienen de manera determinante en la construcción de la identidad femenina. El ejercicio de la violencia de género en la vida de pareja ahonda dichos sentimientos, agudiza las contradicciones de las mujeres y refuerza la baja autoestima que caracteriza a la mayoría de ellas.

> Elé, llegando acá, viniendo en el trayecto con él, en el carro, que hija de puta, que ya has contado, que sólo en el hocico te voy a dar… Entonces de ahí me ha dado miedo conversar con alguna otra persona. Miedo, sí. Miedo, miedo mismo me ha dado... (Inés, 1991).

> Al ver que me pega, mis hijos reaccionaron y le dijeron: papá ¿qué le pasa? si mamá viene con nosotros, nos fuimos donde los abuelitos. Ah, que ustedes se callan, ¡aquí el que manda soy yo! Y que por qué no me han avisado a mí. Tenía razón fue otra cosa que yo tenía la culpa. Al siguiente día me di cuenta recién del horror que me hizo la cara y sentí, me daba bastante vergüenza y me arrepentí haber hecho eso… (Zoila, 1991).

La mujer no goza, la mujer aguanta...

La pérdida de amor propio, el desencanto y el dolor que sienten las mujeres no son solamente resultado de la agresión física, sino también de la vivencia de una sexualidad en la que no hay cabida para los afectos ni para el placer:

> Yo me sentía siempre inferior a él, triste, amargada. Yo le quería a él y no podía tener lo mismo, el cariño. Entonces yo me sentía mal, avergonzada por decir eso, porque él me humillaba diciendo que no sirvo ni para la cama... (Inés, 1991).

> Yo no siento placer, a mí me da asco, me parece una cosa fea, pero pienso en otra cosa, pienso en mis hijos, pienso que él está pasándola bien conmigo y no con otra, que él siempre vuelve a mí, a la final por algo será y yo con eso tengo que cumplir. La mujer no goza, la mujer aguanta, pero ya se acostumbra y es como lavar platos... (Rosa, 1991).

La socialización que recibieron mujeres y hombres inciden en este asimétrico y poco gratificador ejercicio de la sexualidad donde, en los términos de Marcela Lagarde[14], la 'sexualidad maternal' o la 'servidumbre erótica' dentro del matrimonio serán las opciones que tiene la mujer quien, al no ser dueña de su cuerpo, de su vida, de sus deseos, deja de ser sujeto de sí para convertirse en objeto de otros:

> Yo sí le quiero todavía a pesar que tiene una actitud despreciativa hacía mí, como que soy una cosa de su propiedad, que tiene derechos sobre mí. A pesar que ha sido bien malo conmigo, él me ha dicho, yo te considero a vos, vos eres mi única mujer, madre de mis hijos, yo lo hago porque soy hombre... (Rosa, 1991).

Evidentemente esta situación se agrava por el deterioro que sufren las relaciones marcadas por la violencia. Así lo reflejan las vivencias de varias de nuestras entrevistadas:

---

14 Marcela Lagarde 1990. ¿Qué es el poder? En: *Educación popular y liderazgo de las mujeres en la construcción de la democracia latinoamericana.* Quito: Red de Educación Popular entre mujeres.

> 0 sea, yo verdaderamente las relaciones, así como sentir, sentir, de cómo dicen ahora es... llegar al orgasmo, no, no. Hasta que después, o sea, tendría unos siete años tal vez de casada, ahí llegué a conocer cómo era... En cambio, ahora yo me he hecho así fría. Dice él que soy fría, que nunca le digo nada, o sea él me compara. creo que con otras mujeres, ¿no? Ahí yo le digo que él me ha dañado con su forma de ser... (Martha, 1991).

> Él me busca, pero yo no. Cada vez y cuando le rechazo más, pongo pretexto que me duele la cabeza, que me duele el estómago. A veces me pega, hasta por eso me pega. Él me exige, me habla, me insulta y después de eso quiere que... Entonces, eso me da odio y tengo sentimiento, tengo que virar la cara, no sé ni qué hacer. Ese rato se me van hasta las lágrimas. Me dice, solo sirves para mantenerte, para darte de tragar, qué más, a mí no me sirves como mujer y como nada, aquí estás pintada y nada más y que no me va a volver a dar ni para la comida... (Dolores, 1991).

Los reclamos y exigencias del marido de Dolores ponen de manifiesto el carácter contractual de la vida conyugal e ilustra bien cómo la dependencia económica de la mujer no sólo supone el cumplimiento de las tareas reproductivas, sino que implica obligaciones emocionales y sexuales con el hombre proveedor. Éste es pues, un pilar fundamental sobre el que se afianza el poder masculino al interior de la pareja.

De lo dicho basta aquí se desprende que la violencia contra la mujer es una sola, pues el maltrato físico va acompañado de agresiones psicológicas y sexuales y deja sus secuelas en todos estos ámbitos, con graves daños para la vida individual y familiar.

Pero no pueden romper con el marido...

La investigación también puso de relieve los múltiples obstáculos que encuentran las mujeres para poner fin al maltrato por parte de su pareja o terminar la relación que les causa dolor y frustración. Estos obstáculos guardan relación con tres aspectos conectados entre sí: lo personal-individual, lo familiar y lo socio-ideológico cultural, como lo sintetiza el testimonio de Zoila:

> Muchas mujeres son castigadas, pero no pueden romper con el marido. Es que no es tan fácil, sin profesión, con los hijos, con la familia que les dicen que tienen que aguantar, que de ellas depende que el hombre cambie, es mucha cosa y uno no sabe qué hacer... (1991).

Por un lado las mujeres ubican las dificultades ligadas a su condición socioeconómica, a la falta de profesión, a no tener trabajo remunerado, a las escasas posibilidades de acceso al mercado laboral, a que no tienen un lugar a dónde recurrir, a que tienen hijos o hijas pequeñas y a la dependencia económica respecto al marido:

> Yo he sido cobarde porque he dicho: ¡dónde me van a aceptar con tantos hijos!, ¿dónde voy a trabajar? Una vez quise trabajar pero ya había perdido la práctica, ¿no? Usted vaya no más a seguir de ama de casa, me dijeron. Entonces, con eso decía, ¿dónde voy a ir con tantos hijos, de dónde voy a mantenerles?, se ha de destruir todo mi deseo de que mis hijos se superen, que no sean como yo, que tengan una carrera para que puedan defenderse... (Martha, 1991).

> Siempre he tenido intenciones de dejarle, de separarme y de irme por todo lo que él me ha hecho, pero mamá me decía que no, que ya tengo hijos, que cómo me voy a ir. Sigo por mis hijos, a veces hasta por la apariencias y todo, para que la gente no tenga que hablar y porque es verdad les mantiene a ellos; pero también porque no tengo a dónde ir. De ahí, ya nada me une a él. ¡Puchas, qué iras! (Dolores, 1991).

> Yo creo que si yo tengo un trabajo fijo, yo tengo mi dinero, entonces yo, por qué le voy a estar también aguantándole tanta cosa. Es el caso de muchas mujeres que vivimos solamente mantenidas de ellos, en cambio, es muy distinto con las parejas que trabajan los dos, entonces sí el marido le resulta un malo, me parece a mí que es lógico, no hay por qué seguir con él pues... (Charo, 1991).

Sin embargo, los relatos de las mujeres dejan traslucir que éstos no son los principales obstáculos que ellas enfrentan, pues mayor peso tienen las cadenas internas que fueron cimentadas a lo largo de su vida. La identidad femenina es-

condida y subvalorada, construida como un 'ser-para-otros', cobra vigencia y se concreta cuando las mujeres sienten que no son protagonistas de su destino, que ellas son y valen a través de otro (marido o compañero), por lo tanto, no velan por su bienestar personal y se postergan en favor de otros (hijos e hijas). Las mujeres no sólo hemos sido construidas como 'seres-para-otros', sino como un 'ser-a' través 'de-otros', lo que equivale a decir que existimos y, somos a través de la presencia, el afecto, el respaldo de otro. Aquí estaría una importante clave para entender por qué las mujeres golpeadas continúan aferradas a relaciones en las que sufren violencia. Si optar por estar sola y enfrentar los múltiples desafíos sociales que ello implica es sumamente difícil, decidir 'dejar de ser' es casi un imposible y puede llegar a constituir una agresión contra sí misma. Sus testimonios así lo evidencian:

> Una nació para sufrir, es así que no se puede cambiar, no se puede hacer nada. A veces en la organización nos decimos estas cosas, pero la verdad, es que todas necesitamos del marido, aunque nos maltrate, pero es protección. Por los hijos y sobre todo por las hijas mujeres... porque los hombres ven una mujer sin padre y entonces piensan que es cualquier cosa y que puede ser cualquier cosa como la madre... (Rosa, 1991).

> Yo me he puesto a pensar, he dicho Dios mío, ¿porqué le quiero tanto?, ¿por qué sufro así?, ¿por qué le espero a él? ¿por qué si no le veo sufro demasiado pensando dónde estará?, ¿con quién estará?, ¿tal vez ya no volverá?, ¿que será de él, qué será de mí, de mis hijos, de esta casa? Que, se admiran de la casa, del palacio pero si estoy sola, estoy vacía, entonces ¿cómo voy a ser feliz yo? Al mismo tiempo del maltrato me brinca esta desesperación de ¿qué voy a hacer sola? (Inés, 1991).

> 0 sea que para mí el amor es la compañía de él, o sea, quizá un poquito de respeto, de cariño, me abrace, me bese, me haga sentir su esposa, para no sentirme es vacía, para no sentirme es desesperada [sollozos]. Así, quizá no correrme a la calle, no correr donde alguien a decir bueno esto me pasa, ni esto es así, ni él es asado, ¿no? Para mí, el cariño de él, eso yo he esperado siempre... Digo, si no tuviera hijos fuera la mujer más feliz, o sea, para poder pensar en uno mismo… (Carmen, 1991).

> Yo aguantaba porque, como siempre nos decían así tienen que aguantar la mujer, le pegue, no le pegue el marido. Yo me llevaba eso. Después, como me decía también mi cuñada, que una mujer va con hijos, con pasado, ¿ya?, qué hombre le acepta, y si alguna vez se vuelve a casar, que ese hombre le maltrata más a los hijos, más a la mujer, le reclama cada vez que por qué h atenido otro hombre. Entonces yo decía para que más me maltrate otro hombre, mejor es, aguanto a éste que tengo ahora… Después pensaba sólo en mis hijos, en que pobres mis hijos van a criarse sin padre... (Martha, 1991).

> A veces converso con mi hija, Dios mío, le digo, yo por ustedes lo que tengo que hacer, por un plato de comida, tengo que hacer hasta tonteras, o sea algo obligado; exigido, forzado, que yo no quiero y qué él me obliga y me forza... (Dolores, 1991).

Vemos cómo las mujeres con sentimientos contrapuestos, con su particular sentido de amor y sacrificio, aferradas a ideas y creencias sobre las responsabilidades y el destino femeninos, no encuentran alternativas para sí mismas e hipotecan su vida en beneficio de otros, sobre todo de sus hijos e hijas. Constatamos que los insultos, las ofensas, las agresiones la insatisfacción sexual y afectiva que viven las mujeres golpeadas conllevan una fuerte desvalorización que, afecta tanto a la imagen que tienen de sí mismas, como a las posibilidades de actuar en favor de sus intereses:

> No he hecho nada, nada por mí. Se me han acabado totalmente las ilusiones; solo ahora dedicada a mis hijas que ellas se superen, que salgan, que no sean como yo... (Martha, 1991).

> Yo ya estoy sola, vieja, sola, estoy muy sola, a veces lloro mucho y me digo: ¿qué será de mí cuando sea vieja? Por eso también soporto a mi marido, porque a veces de viejos cambian y que aunque a veces pienso que soy una basura, soy la madre de sus hijos... (Inés, 1991).

> Se me hacía feo, porque es feo que cada vez le estén diciendo que es una puta, que es una mujer mala, que sólo las mujeres malas raspan, que sólo las mujeres dañadas. Entonces a uno le queda eso de que, bueno, cierto ha de ser que yo soy una mala... (Martha, 1991).

> A mí me da realmente vergüenza. Pienso que no he sido capaz de mantener conmigo a mi marido, ¿qué me faltaría? (Rosa, 1991).

El desamor, la falta de protección, la culpa, la vergüenza y la desvalorización invaden la vida de las mujeres maltratadas, lo que genera la anulación de sí mismas, la negación de sus sueños, la imposibilidad de buscar alternativas o de potenciar sus capacidades para defender sus derechos e impedir la violencia de género. Las posibilidades de modificar una supone una actitud totalmente opuesta, difícil de lograr en una mujer en esa situación. De ahí que las iniciativas que se desarrollen para apoyar a las mujeres maltratadas deben orientarse prioritariamente al mejoramiento de su autoestima, a la recuperación de sus potencialidades, de manera que con firmeza puedan tomar una decisión en defensa de su persona y de su bienestar.

A él ya le pasó y me pedía perdón...

La investigación permitió, también, determinar cómo se da y qué papel juega la reconciliación en las historias de violencia en los casos estudiados. Encontramos que ésta puede ser implícita o explícita y que generalmente es el hombre, quien a través de palabras (piden disculpas, perdón, hacen promesas) y de gestos (las curan de los golpes, les dan regalos, les llevan a pasear) procura que la mujer abandone sus actitudes de rechazo a lo ocurrido, supere su resentimiento y se restablezcan las condiciones necesarias para la vida en común. Con el mismo fin, las mujeres, mediadas por el afecto y por los ofrecimientos de cambio de sus maridos, se reconcilian sin condiciones.

> Después él siempre se arrepentía, él es un rato no más las iras. Por ejemplo, en esa ocasión que me pateó y me hizo una barbaridad las piernas, entonces él se dio una vuelta por ahí y de ahí ya vino y dijo: te voy a curar las piernas y enseguida vino a hacerme paños... (Charo, 1991).

> Yo cuando estoy brava no le llamo a comer, le sirvo sí, pero no le estoy llamando... Si no baja pronto, yo ya me subo arriba, queda ahí. Entonces, él ya me conoce cuando estoy resentida, él ya sabe que no le contesto; entonces él mejor me busca, dice que le disculpe, que no sé cuánto y que no sé

qué. Le perdono, pero no es tan fácil, pero ahora qué más da, la vida del matrimonio es así... (Carmen, 1991).

Ahí casi me rompió la nariz, o sea había estado desviado el tabique y me bañó en sangre y no me paraba con nada hasta que amaneció. De ahí me llevó a hacerme ver. A mí no me pasaba, a él ya le pasó y me pedía perdón, me pedía disculpas y, como siempre, se hacía el buenito para que yo me olvide, me traía cosas de comer, no me dejaba que yo cocine, o sea, hasta que pase no más, pites de ahí volvió a lo mismo... (Dolores 1991).

Yo confiaba en que iba a cambiar, pero después me pegaba asimismo por lo que venía borracho y asimismo decía que le disculpe, que por lo tragos, que eso le hace mal... Pero después, él mismo decía que esto es como las mujeres que dicen ya no voy a parir más, pero vuelven hacerlo... (Martha, 1991).

Cuando yo regresaba me ponía condiciones...

El arrepentimiento de los maridos y el perdón de las mujeres completan el ciclo de violencia que se repetirá una y otra vez, profundizando la desvalorización femenina. Se trata de una reconciliación asimétrica en tanto los hombres solamente piden disculpas, hacen promesas con frecuencia, continúan responsabilizando a las mujeres de ser las causantes del maltrato; mientras ellas, con miedo, con expectativa de superar el problema o sintiéndose culpables por el incidentes perdonan y conceden, hacen renuncias concretas (dejan de trabaja de reclamar, de salir sin permiso, de verse con diferentes personas, de realizar determinadas actividades) y se esfuerzan por evitar aquello que ha sido el motivo de la agresión.

No pasamos palabra tres días y de allí él ya me buscaba para hacernos de buenas. Decía: ya déjate de tonteras, ya no vuelvas a hacer eso, para que no vuelva a suceder, para que yo no me ponga en plan de pegarle, ni nada. El decía que ya no va a volver a suceder y ya nos hicimos de a buenas... (Zoila, 1991).

Decía, Dios mío, de gana le grité, de gana le pedí para la comida, era de sacar de mi bolsillo y mandar a fiar y ya no hubiera habido problema, o sea,

> yo me sentía culpable y decía nunca más le reclamo, ni le digo nada, aunque la culpa no era mía... (Inés, 1991).

> Cada vez que me pegaba tenía algo, alguna cosa más para reclamar y yo decía: bueno, no voy a hacer esto, no, no voy a hacer esto otro, darle todo gusto para que no me pegue. Igual, en las relaciones si él deseaba, estaba dispuesta aunque no tenga deseos. Hacía todo para que no se ponga bravo, pero de todas maneras me pegaba... (Martha, 1991).

> Cuando yo regresaba me ponía condiciones, que haga esto, que no haga esto otro, lo que él quería, que haga todo, o sea que sea excelente... (Dolores, 1991).

Constatamos cierta imposibilidad de las mujeres de negociar los conflictos en favor propio, actitud que no fue fomentada en ellas, ya que, como señalamos, anteriormente, no se les enseñó a pensar en sí mismas, ni a actuar o ser por ellas mismas. La reconciliación en estos términos genera una suerte de círculo vicioso en el cual la condición subordinada de las mujeres es la principal causa de la violencia, la que a su vez, por los efectos que produce y por las desventajosas condiciones en que se resuelve el conflicto, ahonda dicha subordinación y debilita las posibilidades femeninas de romper con la lógica del poder-dominación masculina, en tanto ésta no sólo implica someter al otro a partir de una inferiorización, imponer hechos, controlar, dominar, expropiar bienes materiales y simbólicos; sino que incluye la capacidad de enjuiciar, sentenciar, castigar, como también la capacidad de perdonar, lo que significa que el otro —en este caso la mujer- se sienta delincuente, culpable y deba agradecer y someterse más aún a quien le ha perdonado[15].

Las múltiples aristas que presenta el problema de la violencia de género en la relación de pareja, como los diversos obstáculos que hemos descrito, están entrelazados y si bien tienen rasgos comunes en todas las historias que hemos analizado, éstos adquieren sus particularidades de acuerdo a las características individuales, y a las historias familiares y sociales del hombre y la mujer involucrados. La edad y etapa del ciclo de vida, la condición de clase, la identidad étnica, las creencias religiosas darán lugar a distintas actitudes, opciones y actuaciones frente a la violencia.

15 Marcela Lagarde 1990. Op. cit.

Hacia una ética del amor propio

En esta sección, a modo de conclusión, proponemos que las tensiones observadas en las historias de las mujeres, se sustentan en modelos de femineidad que oscilan entre el ser María y el ser Eva, elaborada por la tradición cristiana católica latinoamericana. Así mismo, los testimonios dan leves señales de cambios a estos modelos lo que permite pensar nuevas características en las relaciones entre géneros y una nueva ética para las mujeres.

¿Ser Eva o María?

A lo largo de las historias de las mujeres y de las percepciones que expresaron en las encuestas, encontramos que sus vidas están marcadas por una permanente ambivalencia producida por la transición a nuevas identidades femenina y masculina y a nuevos modelos de relación entre los géneros; por los conflictos y contradicciones que se intentan conjugar para alcanzar la armonía entre lo viejo, profundamente arraigado en nosotras y lo nuevo que aún está por construirse.

Una de las tensiones que permea la vida de las mujeres es aquella referida a la apropiación de su cuerpo y a la vivencia de su sexualidad. Lagarde[16] señala que el cuerpo está en la base de la condición de la mujer y que, en nuestra sociedad, tiene dos concepciones: el cuerpo materno, que sirve para dar la vida a los otros, y el cuerpo erótico, para dar placer de los otros, por tanto, es un cuerpo que no le pertenece. Dentro de esta cosmovisión, el cuerpo femenino no sólo es expropiado sino que es fragmentado por posiciones bipolares que lo valorizan de forma diferencial: mientras el cuerpo maternal es considerado positivo y valorado moralmente, el cuerpo erótico es negativo desde el punto de vista moral, aunque apreciado por los varones[17]. Esta dualidad coloca a las mujeres en permanentes dilemas y ambigüedades respecto a sus afectos y a su erotici-

16 Marcela Lagarde 1991. *Metodología del trabajo con mujeres.*Quito: Red de Educación popular entre Mujeres. Serie: Aportes para el Debate N.2, pp. 17-18.

17 Ilustra bien esta concepción un popular bolero que se escucha en nuestro medio: "..cómo se puede querer/ dos mujeres a la vez/ y no estar loco./ Aquí va mi explicación/... Una es el amor sagrado/ compañera de mi vida,/ esposa y madre a la vez./ La otra es el amor prohibido,/ complemento de mis ansias/ y al que no renunciaré."

dad, limitan su libertad de opción frente a las relaciones con el otro sexo y coartan su pleno desarrollo. Al decir de Restrepo:

> es tal el temor al lenguaje y a las posibilidades eróticas del cuerpo femenino que ha sido dividido, situándose a un lado las *madonas*, señoras frígidas destinadas a santificarse en el fuego lento del matrimonio y al otro las prostitutas, compañeras de aventura y lujuria, de desborde e indecencia. [Esta disociación está presente en las imágenes y concepciones que consideran que] ...la mujer es a la vez virgen y puta, madre y bruja, reina y esclava.[18]

La vida de muchas mujeres se encuentra marcada por estas paradojas que no sólo escinden su cuerpo sino también su subjetividad. Asumir sus impulsos, dar cabida a la pasión constituirá una fuente de desasosiego para la mujer, en tanto el deseo femenino es motivo de sospecha y descrédito frente a sí mismas, a los hombres y a la sociedad. Con el fin de encontrar pautas explicativas a la complejidad de la experiencia femenina respecto a la sexualidad y asumiendo que "si el sexo es un producto cultural, todas las representaciones, descripciones e imágenes de esa sexualidad también lo serán"[19] , intentaremos comprender la ambivalencia que significa el ser y vivir mujer en nuestra sociedad, a partir de un breve análisis de dos modelos de mujer que forman parte de nuestro *ethos* cultural cristiano católico: Eva y María. En el marco de estos modelos explicaremos la violencia de género.

Para esta reflexión recogemos algunos de los planteamientos de Montecino y sus colegas[20], quienes sostienen que

> serán las experiencias históricas 'traducidas' en símbolos las que nos permitirán elucidar el interrogante respecto a 'quién, qué y cómo somos'... [y que] la identidad de los, individuos está en íntima relación con la cultura, ya que en ella se teje la trama histórica colectiva y se definen las relaciones particulares de un grupo humano.

18 Luis Carlos Restrepo 1989. *La trampa de la razón.* Bogotá: Arango, p.76.

19 Carole Vance 1990, p. 25.

20 Sonia Montecino et. al. 1988. Identidad femenina y modelo mariano en Chile. *Mundo de mujer, cambio y continuidad.* Santiago: Centro de Estudios de la Mujer, p. 505.

Entre los símbolos que ocupan un lugar preponderante en la cultura latinoamericana como una 'síntesis social mestiza', están aquellos que responden al proceso de sincretismo religioso, en el cual la alegoría de la Virgen María se constituye en el principal referente de femineidad.

> El ser mujer se configurará en torno a lo materno y este rasgo dibujará su acontecer y las relaciones con el mundo; ella asumirá la potestad de su presencia en el mundo cotidiano y privado de la reproducción familiar, buscará también la legitimidad de su papel procreador en el matrimonio o asumirá su maternidad en 'soltería'... pero siempre será la progenitora, la dadora de vida, la *Mater* [21].

Este es, pues, el modelo de mujer que permite la realización femenina. La maternidad, tal como lo vimos en la primera parte de este libro, es un imperativo para concretar la identidad femenina. Los contenidos que tomará el ser madre es su consagración al hogar y a sus hijos e hijas, asumiendo todas las renuncias, sacrificios y sufrimientos que esta tarea conlleva. Por otra parte, la imagen de la Virgen-Madre, paradójica e inalcanzable, es el símbolo máximo de pureza carnal y espiritual que toda mujer debe imitar. Se trata de un culto a la castidad que Iglesia Católica elevó "al rango de las virtudes más altas" por lo que "condenaba a la unión carnal, aun dentro del matrimonio, si no tenía como fin declarado la procreación"[22]. De ahí que, para cumplir con este modelo de femineidad, sea necesario que las mujeres tengan autodominio sobre sus impulsos y sublimen su sexualidad.

En oposición y de manera paralela al modelo de la Virgen está la imagen alegórica de Eva, la mujer que accede al árbol del conocimiento, la mujer sensual que reconoce y expresa su deseo, la mujer que desobedece y seduce, la transgresora que será severamente castigada por su curiosidad, por haber sido coherente con sus sentimientos y deseos, en última instancia, por su humanidad. Eva es sinónimo del pecado, de la lujuria y del exceso, es un modelo del cual toda mujer 'decente' se debe alejar si quiere mantenerse dentro del ámbito formalmente fomentado y protegido: la sexualidad dentro del matrimonio, orientada exclusivamente a la reproducción. La actuación de Eva, la vivencia de

21 Ibid. 507.

22 Octavio Paz 1993: *La llama doble, amor y erotismo.* Barcelona Seix Barral, Biblioteca Breve, p.93.

su sexualidad tiene una connotación tan grave que será expulsada del paraíso y condenada, junto a todas las mujeres, a 'parir con dolor'. Por su falta, todos los seres humanos nacemos con el 'pecado original', hemos sido privados del paraíso y debemos soportar los males que aquejan a la humanidad. Todas estas serán, razones suficientes para hacerla merecedora de sanción y castigo.

Las historias analizadas muestran que junto ala 'buena' mujer existe la 'mala' mujer; María es potencialmente Eva y viceversa. En esta medida, la sanción y el castigo son mecanismos constitutivos de las alternativas bipolares que tienen las mujeres. Octavio Paz afirma que "la transgresión, el castigo y la redención son elementos constitutivos de la concepción occidental del amor"[23]. Proponemos que estas percepciones sumadas a aquellas que asocian la eroticidad femenina con el dominio del mal, han instituido el uso del poder y la violencia masculina en la relación de pareja, como el recurso necesario para exigir un comportamiento acorde al modelo de mujer deseado en la vida de pareja: maternidad, hogar, castidad, obediencia, postergación y dolor.

Hacia una nueva ética

Si bien el estudio de estos símbolos y de su influencia en la definición de la identidad femenina latinoamericana, nos dan luces para hilvanar respuestas explicativas al problema de la violencia de género, es necesario resaltar que no se trata de paradigmas inamovibles sino de referentes que pueden ser modificados y recreados desde las diversas y emergentes experiencias que impulsemos las mujeres. Al decir de Carole Vance:

> Dar por hecho que los símbolos tienen un significado unitario, el que les asigna la cultura dominante, significa dejar de estudiar la experiencia y el conocimiento de los símbolos en los individuos, así como la capacidad individual de transformar y manipularlos de una forma compleja que se nutre del juego, la creatividad, el humor y la inteligencia. [Y más adelante, añade:] Dejar de lado el potencial de cambio es colocar a las mujeres, sin pretenderlo, fuera de la cultura, salvo como receptoras pasivas, de los sistemas ofíciales de símbolos. [24]

23 Ibid. p. 31.

24 Carole Vance op. cit. p. 33.

De allí que el reto al que nos vemos enfrentadas es al de crear nuevos símbolos y representaciones que contribuyan a construir modelos de identidad femenina y masculina más flexibles, que no despojen a la mujer de su cuerpo, que permitan el desarrollo de todas nuestras potencialidades, la constitución de parejas y de relaciones más plenas y satisfactorias, pero sobre todo, que no coarten la autonomía individual, la creatividad, la alegría y el placer "como una afirmación vital una fuente de poder, deseoso de futuro y de contacto humano, y no... como algo destructivo, debilitador o corrupto" [25].

La creación de nuevos símbolos y la adaptación coherente de antiguos símbolos es parte del quehacer de nosotras como mujeres. En esta oportunidad queremos sustentar la necesidad de crear una ética del amor propio, para lo cual revisaremos el desenlace de los conflictos de las mujeres entrevistadas. De las siete mujeres, solamente Zoila ya no vive una relación violenta, pues se separó de su marido porque él le era infiel, porque le trataba mal y porque los hijos le pedían que lo haga. Actualmente trabaja como empleada doméstica, mantiene sola a sus hijos y sigue un curso para ser costurera.

Pero no siempre la separación es una alternativa para terminar con la violencia de género, como en el caso de Rosa, quien está separada de su marido desde hace varios años y sin embargo "él sigue viniendo de a buenas o de a malas... como sabe que le quiero, se abusa". Creemos que esta situación no refleja necesariamente la permanencia de lazos afectivos, sino dos vertientes de las dificultades para terminar la relación conyugal: el sentido de propiedad que los hombres tienen respecto a su esposa o compañera y la dependencia vital aprehendida de las mujeres. Es así como la percepción de Rosa es que ella no tiene vida propia, que no vale por sí misma:

> Yo me digo que cuando seamos viejos y él se canse, él diga: bueno, a la final Rosa no ha dado problemas, se puede vivir con ella, ella me quiere, me ha esperado durante años, no sé ... como que la mujer cuando está sola le falta una parte, porque la mujer nació para el hogar, al menos se piensa, a una le criaron... (1991).

Esta realidad que sienten, sufren y viven las mujeres maltratadas nos reafirma que un trabajo en favor de ellas, debe dar prioridad a estrategias para mejorar

25 Ibid. p. 47.

su autoestima, propiciar su crecimiento personal y la canalización de sus energías hacia la realización de sus aspiraciones más profundas dentro de un proyecto de vida propio. Se trata de iniciar procesos en los cuales las mujeres reconozcan, descubran y valoren sus cualidades, recursos y capacidades individuales y colectivas, de manera que comiencen a apropiarse de sus cuerpos y a convertirse en dueñas de sus vidas, como lo sugieren las siguientes expresiones de algunas de nuestras informantes:

> De pronto una se siente importante y se dice: no te dejes mujer, lucha porque tienes derechos y valorízate como mujer... (Grupo focal, 1991).

> Conozco una señora que es bien decidida y fuerte, además tiene un carácter para que a ella no le importe, pues, tiene su trabajo y se dedica. Yo sí que digo, ¡pucha!, yo le admiro a esa persona... (Martha, 1991).

> Los compañeros del gremio me aplauden, dicen que no hay mujer más activa, todos los años quieren que siga en la directiva... Ahí yo me siento tranquila, feliz, cuando, por ejemplo, yo estoy halagada, aplaudida de ellos, entonces yo salgo, soluciono los problemas, entonces hago algo y me siento feliz con esa actividad... (Inés, 1991).

> Prefiero quedarme sola a seguir siendo humillada. Entrar a trabajar, estar tranquila con mis hijos, sabiendo que nadie me va a pegar, nadie me va a gritar... (Grupo focal, 1991).

Es indispensable, entonces, potenciar las múltiples capacidades de las mujeres, recuperar las experiencias de otras mujeres y las percepciones positivas de sí mismas: aquellas que están minimizadas por sus historias, aquellas que se ocultan detrás de la vulnerabilidad que implanta la violencia, pero también aquellas que pudimos oír de las mujeres que se están revalorizando e intentando cambios:

> Una siente deseo de prosperar, de no depender solamente del marido, saber que una vale y que ya no necesita de un hombre para poder sobresalir... (Charo, 1991).

> Yo diría que nosotras somos a todo dar, las mujeres acompañadas o solas hacemos frente a la vida... (Grupo focal, 1991).

> Aguantar, eso es lo que tenemos que tratar de eliminar, que nos falla, aguantando la injusticia del marido. Hay que acabar con eso de que marido es y hay que aguantar... (Grupo focal, 1991).

> Uno tiene que pensar en el propio yo de uno, vivir, acaso que uno ya se va a morir ahora o mañana, ver que la vida no está comprada y pensar en uno también, que uno tiene derecho a ser feliz algún rato... (Dolores, 1991).

Estos esfuerzos y rupturas que han iniciado muchas mujeres producen temor, angustia, contradicción, desasosiego, ya que empezar a ser dueñas de sí, sujetos y protagonistas de su destino significa cuestionar y contradecir su propia identidad, superar los esquemáticos modelos propuestos para el ser mujer; significa oponerse al ideal de femineidad que está profundamente arraigado en cada mujer y en toda la sociedad. Por ello, en muchos casos, contar con un referente colectivo, con un grupo o con una organización de mujeres, es un elemento importante en el arduo proceso de transformación emprendido por las mujeres. Así lo expresan los testimonios que recogimos en los grupos focales de mujeres con experiencia organizativa:

> Por ejemplo, en mi caso, yo bastante he salido por medio de la organización, o sea nosotras aquí en la organización nos reunimos, conversamos, hablamos, me han ayudado también. Hemos ido perdiendo el miedo y hemos ido saliendo adelante... (Grupo focal, 1991).

> Lo que pasa es que con la organización las mujeres estamos más seguras, tenemos menos miedo, nos sentimos más protegidas... (Grupo focal, 1991).

> ¿Qué hacer? Unirnos y dar un grito de basta la violencia, aunque sabemos que con el grito solamente no vamos a conseguir ya basta la violencia de un sopetón, de un manazo; pero por lo menos vamos tomando un poco de conciencia, vamos conociendo lo que somos nosotras, de los derechos que nosotras tenemos y de que somos personas, más que nada eso, porque no

> podemos ser utilizadas de los maridos, de los amigos, de los compañeros que nos tratan a la patada... (Grupo focal, 1991).

> Yo desde que me organicé, yo eché a salir, me levanté un poco, ya me dieron aliento. Antes, si salía es que era para ver a los hombres, que si voy sola... Mi hija ahora queda en la guardería, yo me voy a hacer mis cosas por ahí. Nunca él me dice nada, de dónde vienes, a dónde vas. Ya no me pega, ahora se está dando cuenta... (Grupo focal, 1991).

Si bien las mujeres somos el puntal en la transformación de las relaciones entre hombres y mujeres, y nuestras conquistas exigirán la construcción de nuevos símbolos e identidades que posibiliten la tolerancia a las diferencias y la equidad; es necesario que los hombres también se incorporen a este proceso que, como se dice en el testimonio anterior, se vayan 'dando cuenta', se cuestionen y no posterguen su transformación. Esta es una demanda sentida por las mujeres y un nuevo desafío que no es posible eludir.

> Ya sabemos nosotras, pero en cambio, si los maridos no saben cómo portarse, hacer el trabajo compartido, todo esto, entonces, por más que uno intentara, no hay colaboración del marido porque él no conoce cómo deben portarse. Ellos se han criado así en esa forma, recibiendo el ejemplo de los papás, entonces sigue igual. Cómo sería bueno, ¿no? así mismo que 'haiga' organizaciones de hombres que les inculquen esto, ¿no? Que somos seres humanos tanto el hombre y la mujer y que debemos la misma consideración, el mismo trato... (Grupo focal, 1991).

> Nosotros hemos dicho que hagamos una reunión, ¿no?, de hombres, de invitarles a los maridos a pasar un día, darles charlas, hacerles ver, o darles unas películas. Entonces, para que vean, ¿no?, que no 'haiga' ese maltrato... (Martha, 1991)

Mirando al futuro y poniendo énfasis en la prevención, es de vital importancia emprender tareas para modificar la socialización de niños y niñas, como el camino cierto para propiciar el pleno desarrollo de hombres y mujeres, crear las condiciones que permitan establecer relaciones equitativas y placenteras entre los géneros y cimentar principios de respeto, tolerancia y aceptación de las di-

ferencias como fuente de enriquecimiento mutuo y de bienestar personal, familiar y social. Estas y otras iniciativas darán cabida a los sueños y a la esperanza de que se creen y consoliden nuevas pautas de relación y de realización humanas, como secreta o abiertamente anhelan todas las mujeres que nos abrieron sus corazones y sus vidas:

> Ya en este tiempo debería empezar ya la igualdad de las mujeres y hombres, porque tanto es el hombre como la mujer que igual desea ser tratada como persona... yo creo que ahora ya en todas partes debería existir eso, ¿no? (Martha, 1991).

> A mí siempre me ha gustado ser alegre, pensar en algo pensar en algo bueno, digo, la vida se hizo para vivir, pero no así, o sea tan feamente, no, no aceleradamente. Cambiar, cambiar el rumbo de vida con un buen trabajo, un buen empleo, tener todos sus buenos momentos, felices y todo... (Dolores, 1991).

'Cambiar el rumbo' es el desafío. Necesitamos construir un nuevo arte de vivir, una ética del amor propio que nos inunde, nos transforme y propicie nuestra autoafirmación. Una ética que posibilite que mujeres y hombres, desarrollen su autoestima, ejerciten su autonomía y se erijan en sujetos de su historia, con la capacidad de decir 'sí' o 'no', de ser genuinamente libres para elegir, de poder ver al otro/a como legítimo otro/a en la convivencia, no como un medio sino como un fin en sí mismo. En esta construcción los principios que posibilitarán los vínculos humanos son la reciprocidad, la equidad, la libre elección y la aceptación del otro/a, como premisas ineludibles para construir y recrear los modelos de femineidad y masculinidad que sustentan nuestras sociedades; para humanizar las relaciones, para democratizarlas, para cerrar el paso a la violencia y abrirlo al deseo, al placer y a la afectividad sin obligatoriedad.